

lo creía inconsciente como a cualquiera de mis soldados que ignoraba la causa del combate. Pero ante el espectáculo que presentaban los alumnos del Colegio Militar de Chapultepec, el arma al brazo, rodeando al Presidente que iba al lugar que le correspondía, sin saber con firmeza si iba a la muerte, yo que soy soldado, no pude admirar al señor Madero, pero si lo consideré como un hombre difícil de ser derribado del Poder.

Salté del coche y me puse a sus órdenes. Recibí algunas noticias inmediatamente y en el camino de la glorietta de Carlos IV a la fotografía Daguerre, viendo no menos de mil muertos, comprendí que se acercaba el fin del Gobierno maderista!

Media hora más tarde yo era nombrado Comandante Militar de la plaza de México, es decir, era el jefe de las operaciones contra el grupo de sublevados.

### LA SANGRE

En ninguno de mis combates había visto tanta sangre como vi en la Plaza de la Constitución. Hago memoria de aquel cuadro, para dar amenidad a estos apuntes, pero no porque haya dado yo ninguna importancia a aquella hecatombe en la que sucumbió mucha gente, pero que la hicieron los soldados del Gobierno en cumplimiento de su deber.

Más de mil cadáveres yacían en los Portales de la Plaza de armas, en los jardines de la Catedral, en las calles, en los prados del Kiosko central.

Agrupados o diseminados, los muertos alfombraban algunos trechos, hacían imposible el paso.

Había cadáveres de niños papeleros; de damas de alta alcurnia, de barrenderos, de comerciantes, de mujeres, de niños de pecho..... Por todas partes se extendían las manchas de sangre que humeaba o hacía grandes y oscuros coágulos.

Los heridos se quejaban o lloraban; algunos se movían penosamente, otros se arrastraban dejando huellas rojas en el asfalto de la calle.

Y de pronto, dominando todos aquellos ayes y lamentos, la turba que anunciaba la proximidad del Presidente prorrumpió en un grito: ¡Viva Madero!

Dentro del Palacio yacían quinientos heridos y en los corredores y en las puertas de la Comandancia había tantos, que no se podía caminar.

El General Villar había cumplido con su deber. Muy enfermo de afección, casi sin poder andar, Villar, no había desdeñado salir de su casa para dirigirse a la Comandancia en el Palacio Nacional. Redujo al orden a las fuerzas del 20o. Batallón, que se hallaban comprometidas con los sublevados y batió al gran núcleo que se presentó en Palacio.

Para los militares, la conducta del General Villar fué digna de todo elogio. Pero los civiles, lo consideraron como un asesino. Villar es el tipo del militar que no hace política; enérgico y valiente, aunque ya esté muy viejo. Sus primeras declaraciones, cuando logró levantarse de la cama del Hospital Militar, donde estuvo a punto de sucumbir, las hizo públicas la prensa. Declaró que había ordenado se hiciera fuego sobre el General Reyes; que ya herido continuó organizando una guerrilla, hasta que me entregó el mando.

Ignoro por qué los de la Ciudadela no lo mataron cuando estaba en cama; me sorprende que la Revolución lo tenga sin su sueldo y abandonado.

La muerte del General Mariano Ruiz la ordenaron un grupo de civiles y el Ministro de la Guerra. Se consumó en el jardín del Palacio Nacional.

Era diputado, pero traía las armas en la mano. Este hecho me sirvió más tarde para no vacilar ante el escándalo de segar vidas amparadas por el fuero constitucional.

### MI COMPADRE Y JOAQUIN

Mi primera orden fué para que se echara agua en el Patio de Honor del Palacio.

Y mientras recibía a mis oficiales y a los paisanos que me daban noticias; y mientras el Gobierno se instalaba en los salones, yo pensaba si había llegado a mi ya el momento oportuno.

"Todo consiste en esto — me decía a mi mismo — todo se gana, si yo no dejo perder esta oportunidad que me favorece mucho, pues me pone una vez más ante la Nación, como el hombre del día. Si ya los sublevados habían fracasado (y si habían fracasado era sólo porque yo no estuve con ellos), lo que me convenía era demostrar lealtad ante el Gobierno. Pero ¿y si no habían fracasado?"

Cepeda, mi compadre Cepeda, me sacó de las dudas y me marcó el camino, dándome los mejores datos sobre

la situación de la pequeña columna de pronunciados.

Entonces vi que el momento oportuno iba a pasar y decidí aprovecharlo.

En telegramas y en conversaciones, no se hablaba sino del General Huerta. "¿Con quién está Huerta?" —preguntaban del último rincón de la República.

Y cuando se les contestaba que del lado del Gobierno, aseguraban que "aquello de la Ciudadela era cuestión de un momento".

Y, en tanto, yo esperaba.

Pero tenía noticias fidedignas de lo que ocurría. Se me escapaban las ideas de detalles y no encontraba la forma en que debía de obrar de una manera enérgica y definitiva.

Esperé como siempre y me dispuse a desempeñar mi papel de la manera menos activa posible, para dar tiempo a que mis amigos me mostraran la verdad completa de los sucesos que se desarrollaban con una rapidez inesperada.

Si algún militar lee estas memorias de su antiguo jefe, escuche este consejo que siempre les di y que hoy repito para grabarlo entre los de mi clase: los jefes de columna antes de entrar en acción deben hacer un reconocimiento personal, si es posible, de las posiciones del enemigo. Nunca hay que combatir si no tienen buenos datos sobre el contrario. Esto da grandes ventajas sobre el enemigo y asegura el éxito final. Ya lo dice la táctica, pero yo le doy más importancia al reconocimiento que a cualquiera otra parte del combate.

Decía que mi compadre Cepeda me resolvió a tomar una actitud, porque él me dijo cuanto ocurría.

Personalmente había conferenciado con mi discípulo Félix y con Mondragón. Los dos jefes, encerrados en la Ciudadela con un puñado de soldados, me llamaban: su **único jefe**, me reclamaban en nombre de las viejas amistades. Una gran parte de la oficialidad de la muy reducida que estaba en la Ciudadela, rebelada, también me llamaba.

Comprendí la situación. Los sublevados estaban a mis órdenes, podía aniquilarlos en un momento; por otra parte, el señor Presidente estaba en mis manos, pero no podía tocarlo porque todas las fuerzas eran irregulares, es decir, maderistas.

Dí tiempo suficiente a que los sublevados adquirie-

ran alguna fuerza y a que se organizaran, pues era notoria su debilidad.

El señor Presidente se alistó para ir por refuerzos a Cuernavaca y en un arranque de locura él mismo salió de la capital de la República para llamar de Morelos al General Felipe Angeles.

En tanto yo vacilaba. El pensamiento de que si los de la Ciudadela eran vencidos yo caería con ellos, me hizo contestar a Mondragón y a mi discípulo que esperaran, que no los atacaría, sino que me uniría a ellos más tarde.

Rápidamente el general Angeles, salvando todos los conductos, pero usando para ello el nombre del señor Presidente de la República, hizo una reconcentración de fuerzas. Con cierta habilidad, llamó a los irregulares, de preferencia; y a las más las dejó donde se encontraban. Angeles desconfiaba de mí y tenía celos de la División del Norte.

## EL DRAMA

Y empezó a desarrollarse el drama más sangriento en nuestra historia, señores; drama del que fui yo autor y cuyos secretos hoy paso al papel para darlos como testimonio a la verdad.

Mi compadre Cepeda me traía noticias del interior de la Ciudadela y llevaba las más con una actividad y valor que elogio ampliamente.

Para no hacerse sospechoso, Cepeda cruzaba a la hora de los tiroteos y entre dos fuegos salía y entraba siempre con un gesto de desdén para la muerte. Cepeda, señores;..... ya hablaré más tarde de este hombre que me fué adicto como ninguno de los que me rodeaban.

Mi nombramiento de Comandante General de la Plaza de México, me permitía elegir la forma de combate sobre los pronunciados.

Ya he dicho que Madero no desconfiaba de mí; pero sus Ministros sí. Especialmente García Peña, el Secretario de la Guerra y viejo camarada mío; comprendía que yo andaba conspirando!

Pero Madero me quería y se empeñaba en demostrarme su confianza.

Desde el momento en que fui Comandante Militar de la Plaza, Madero estaba perdido.

Olvidaba un detalle importante: lo primero que hice fué enviar a mi sobrino Joaquín (Maas) a comunicar a los sublevados que tomaran la Ciudadela a toda costa.

La gente del cuartelazo ya estaba dispersada; sólo Félix con unos ciento cincuenta hombres marchaba con rumbo incierto, dirigido por el Mayor Trias, el más entusiasta de los comprometidos.

Recuerdo que Joaquín —llamaré así a mi sobrino, pues la costumbre me obliga a suprimir su apellido— me contó la situación de los sublevados y más tarde me dijo cómo había comunicado “mi primera orden, al general Mondragón y Félix”.

Llegó Joaquín a la plazoleta donde se alzaba una columna con un reloj en la calle de Bucareli y allí dijo al General Mondragón que mi orden era atacar y tomar la Ciudadela.

Cuenta Joaquín que como Mondragón estaba a un lado de la bocacalle y del otro Félix, incitó al General a que pasara por entre los balazos, en la zona batida como decimos nosotros; pero Mondragón temió cruzar la calle.

Joaquín, que es hombre, pasó por el fuego y cumplió mi orden.

La Ciudadela cayó porque el General Dávila estaba en ella y porque el General Villarreal había sido herido de muerte en el ligero ataque que hicieron los sublevados. A Villarreal no se le ha señalado como valiente; pero lo era y también era un hombre de honor. Fue a la Ciudadela porque se sentía soldado; por entereza de alma.

Los sublevados tocaron dianas al entrar a la Ciudadela y estas dianas se oyeron a muchos kilómetros, pues antes de que transcurrieran dos horas, los doscientos hombres que entraron tenían más de mil amigos y adeptos a su lado.

Se organizó la defensa de la plaza y ya en la tarde supe que estaban dispuestos a hacer alguna resistencia. Yo no necesitaba más.

Empezaron mis arreglos con los jefes del Cuartelazo. Mi compadre Cepeda y mi sobrino Joaquín llevaron saludos y promesas mías a los que se habían entregado a mí en lo absoluto, pues bien sabían que podía despedazarlos en un momento.

El día 10, un día después del Cuartelazo, ofrecí una cita personal a Félix en la dulcería de “El Globo”, en la Avenida Principal de México. Fue Félix. Yo le envié a un amigo, me parece que a Guasque.

Después fui a cenar a la Ciudadela y a conferenciar con el Ministro de Estados Unidos en México, Mr. H. L. Wilson, que odiaba a Madero porque era revolucionario.

Allí iba con frecuencia Félix o bien el hijo de mi jefe, el licenciado Rodolfo Reyes.

Tuve varias ocasiones que cañonear la Ciudadela, pues se les olvidaba a los que estaban dentro que yo era el amo y que su salvación estaba en mis manos.

### UN SACRIFICIO DE 5,000 VIDAS

A todo esto las víctimas caían; primero por centenares, después a millares.

Con frecuencia me he preguntado a qué se debe mi indiferencia por la vida humana. Yo no siento nunca que la piedad conmueva mi corazón: ¿es éste de piedra? ¿el alcohol, que en tanta abundancia he ingerido, atacó mi entraña y aniquiló en ella la sensación? Yo no siento lo que he oído llamar “la voluptuosidad de matar”, no. La muerte de un ser humano produce en mí ser el mismo sentimiento que la caída de la hoja de un árbol.

Es por esto que para poder esperar el momento oportuno, del que tanto he hablado, dejara que la tragedia se desarrollara, aniquilando vidas humanas. Con frecuencia me daban parte de que una familia había sido muerta por un proyectil lanzado desde la Ciudadela, pues dieron los sublevados en tirar granadas a los cuatro rumbos, sin ton ni son; otras veces enviaba columnas a la muerte. Eran los rurales, los irregulares que tanto me habían obligado a esperar.

Como entraban por las calles, las ametralladoras los aniquilaban. ¡Hubo un cuerpo que entró a caballo al asalto de la posición enemiga!

Yo, con absoluta indiferencia para las víctimas, continuaba mis arreglos.

Hasta hoy me he puesto a pensar que para llegar al Poder sacrifiqué más de cinco mil vidas en sólo ocho días.

Pero eso no quiere decir que me arrepienta, señores; yo no me arrepiento nunca de lo que hago. No se arrepientan ustedes tampoco.

Por mi serenidad pude ocupar mi mente en preparar el golpe de muerte al señor Presidente.

Los arreglos duraron poco tiempo; pero yo no podía operar, porque las fuerzas que llegaron a la plaza eran irregulares. Las había de línea; pero el pésimo resultado del golpe de la Ciudadela; la seguridad que tenían todos los militares de que los sublevados que se hallaban encerrados en el corazón de la ciudad estaban perdidos, ori-

ginaba que todos se fueran a "la cargada", es decir, a favor de Madero.

Los mexicanos somos así, según dice Bulnes. Nos vamos a la cargada.

En Palacio no se hablaba de otra cosa sino de acabar con la Ciudadela. Las granadas que se habían arrojado desde aquel lugar hasta el en que se encontraba el señor Presidente, no causaban pánico; aumentaban las energías de aquel hombre incomprensible.

### MIS COMPLICES

Me faltaba un apoyo moral, algo en qué fundar un movimiento armado contra Don Francisco I. Madero. La posibilidad de la empresa que yo intentaba, era notoria; sólo faltaba dar una razón al mundo.

Me aproveché de las gestiones del Senado de la República. El Senado, como la Cámara de Diputados, no era sino una cueva de conspiradores. La anarquía de ideas entre los señores que formaban el Congreso de la Unión, era total. Los grandes grupos gobiernistas estaban subdivididos en otros pequeños en que había pinistas, vazquistas, indecisos, gustavistas y antimaderistas.

Pero la generalidad no era de hombres de acción: eran "castrines", como les llamamos los militares a los civiles. Los que no se escondieron en sus casas; los que quisieron entrar en juego en aquellos momentos en que estaba disputándose un triunfo político que decidiría la caída de la Ciudadela, fueron los Senadores.

De éstos, D. Guillermo Obregón fué el más andaz y el más enconado en sus odios contra Madero; el más trabajador para demoler al maderismo; fué el señor de la Barra. Este hombre es malo. Yo lo consideré así y quise utilizarlo, pues, señores, los servicios de los malos son mejores que los de los buenos.

Ya es conocida la acción de los Senadores. Yo insinué al señor de la Barra mis deseos de acabar con aquella situación, de salvar a la República a toda costa. Y él me comprendió.

Lo que más me ayudó fué el temor que abrigaban en mi país todos los gobernantes a una intervención armada de parte de los Estados Unidos. Y digo "abrigaban" porque firmemente creo que no se volverá a dar el caso de que se teman las invasiones. Yo he alejado para siempre tal temor del alma de los mexicanos.

El señor Embajador de los Estados Unidos hizo, pues, sus gestiones encaminadas a hacer creer al Gobierno que los Estados Unidos intervendrían en México, si no cesaba la lucha en la Capital. La especie se propaló en un momento de terror y todo el mundo la acogió, no sólo como posible, sino hasta como una medida salvadora. Ya es sabido que la Capital de la República es una ciudad propicia a ser conmovida por todos los embaucadores. Yo creo, señores, que de la Ciudad de México ha de salir un Mesías!

Y bien, los señores Senadores celebraron varias juntas; hicieron su papel admirablemente al mismo tiempo que en el ánimo de ellos se arraigaba la idea de que el triunfo de Félix era necesario para que cesara la lucha que tanto espanto sembraba.

El día 18 de Febrero se celebró la junta a la que había yo citado a los Senadores y acudieron estos señores ante el señor Presidente. Don Francisco Madero los trató con energía y no les concedió la renuncia que le pidieron, diciéndoles que estaba dispuesto a sucumbir antes que entregar el Poder a nadie que no fuera el sucesor que el pueblo le designara.

Sin duda que ya sus amigos le habían hecho dudar de mi actitud, pues me mandó llamar y me preguntó cuándo terminaría aquello.

Le contesté que en aquellos momentos iba a dar las órdenes del asalto definitivo y salí de la Presidencia temeroso de que me deluviera.

Para lograr mi último golpe sólo necesitaba de un Jefe con mando de fuerzas que me ayudara. No me convenía utilizar a Delgado ni a Romero; éste había sospechado algo y el primero era maderista; y a Angelés no podía darle ni una orden, pues ya me había desobedecido y hasta intentó bombardear la Ciudadela, sin orden mía, desobedeciéndome.

Blanquet había llegado y confié en él para mi combinación final. Yo creí que al proponer al Jefe del 29o. Regimiento que me ayudara, me respondería que sí con entusiasmo; pero grande fué mi sorpresa cuando este jefe se mostró reservado y poco amigo de la sublevación. Sin embargo, había sido uno de los militares más atacados por la Revolución. Los periódicos y hasta los políticos lo señalaban como un asesino enemigo del Gobierno.

## VIVA LA REPUBLICA

Lo convencí con algún esfuerzo, pero siempre supuse que él traía "algo" desde Toluca, pues retardó mucho su marcha a la Capital.

Preparé mi combinación final para que todo se desarrollara a la misma hora y tan rápidamente que fuera una sorpresa de la que no se pudieran rehacer los enemigos.

Invité a Delgado y a Don Gustavo Madero a comer en "Gambrinus", ordené al teniente coronel Jiménez Riveroll que aprehendiera personalmente a don Francisco Madero y a su Gabinete; a mi compadre Cepeda di la misma comisión; y yo me fui a la Estación de San Lázaro a detener al General Rivera, que venía con grandes refuerzos de Oaxaca.

El capitán Luis Fuentes, de la División del Norte, quedaba encargado de capturar a Don Gustavo, a quien dejé en "Gambrinus".

Cuando llegué a la Estación de San Lázaro, acababa de descender del tren el General Rivera. Inmediatamente lo cogí por un brazo y lo invité a que tomara una copa. Se rehusó diciéndome que tenía forzosa necesidad de desembarcar sus soldados para ir a la lucha, pero yo le arrastré hasta una cantina y allí nos dieron una pésima copa de mezcal.

Lo invité a que me acompañara en mi automóvil. Llegamos a la Comandancia Militar y allí le dije: Hermano, eres mi prisionero. Soy el Comandante Militar.

Lo dejé y salí de la Plaza de la Constitución. En aquellos momentos me avisaron que Don Gustavo Madero había caído en poder nuestro y que Don Francisco Madero y el señor Pino Suárez, estaban encerrados en los salones de la Intendencia Militar.

Todo había ocurrido bien. Jiménez Riveroll se presentó ante don Francisco Madero y le pidió que lo acompañara. El ayudante Garmendia disparó su pistola sobre Riveroll y lo dejó muerto. También mataron al Mayor Izquierdo, no sé si el mismo Garmendia.

A Cepeda sólo le dieron un balazo en la mano, pero en cambio él mató a don Marcos Hernández, un hermano del señor Ministro de Fomento, don Rafael Hernández, a quien yo siempre guardé todo género de consideraciones.

Parece que la escolta que llevaba Enrique González, iba a terminar con todos los que estaban en el Salón de

Acuerdos, pero oportunamente este joven jefe ordenó a sus soldados que cesaran el fuego.

Cuando Don Francisco Madero bajó por el elevador para huir, lo capturó Blanquet, llevándolo al Cuerpo de Guardia de la Puerta de Honor.

A los demás los capturamos con facilidad. Don Gustavo había sido capturado sin que opusiera resistencia alguna.

Blanquet lloraba porque le habían matado a su oficial más querido, Jiménez Riveroll.

Yo no me explico cómo un hombre como Blanquet pueda llorar sinceramente. Yo nunca he llorado, ni de "mentiras", como lloraba Don Porfirio.

Todas mis simulaciones, todas mis emociones fingidas no han sido de lágrimas, porque tal vez mis pupilas no están hechas para llorar..... como mi corazón.

El bronce no llora y yo creo que mi rostro y mi alma están troquelados en bronce: soy indio, más indio que Juárez.

Esto último lo digo sin ironía, porque recuerdo el momento en que se derrumbó el maderismo y acude a mi memoria el espectáculo que no me conmovió, y que hubiera preñado de lágrimas las pupilas de cualquier hombre que se encontrara en mi caso.

Al salir de la Comandancia por la pequeña puerta, al pasillo que daba a los patios llenos de soldados, lancé este grito: **¡Viva la República! Viva México!**

Los soldados respondieron al unísono: Fuera, en la plaza, empezaron a escucharse los gritos de **Viva el General Huerta! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la República!**

De las torres de Catedral caían los sonoros rumores de las campanas, echadas a vuelo, para anunciar mi triunfo.

Pronto la Plaza de la Constitución se llenó de personas ansiosas de saber; anhelantes de darse cuenta de que el peligro, la muerte, habían dejado de cernirse sobre todos.

**¡Viva la República! ¡Viva la Patria!** gritaba yo. Y los soldados lanzaban sus gorras al aire y me aclamaban como en un día aclamaron a Iturbide, como nunca aclamaron a Madero!

El entusiasmo de todos era indescriptible. Se abrazaban los desconocidos. Había lágrimas en muchas pupilas.

La ciudad de México me acogía como el único Jefe,

olvidaba a Madero y a Félix Díaz, sólo veía a mi persona: el vencedor de Bellano! el Jefe de la División del Norte!

Aquello era el fruto de mi campaña militar, o para decir mejor, de mi campaña política. Era mi triunfo!

Y pensé que en toda la República se repetía el grito que en aquellos momentos salía de los labios de la muchedumbre; creí, como creen todos los habitantes de la Metrópoli, que aquella ciudad, al aclamarme, me consagraba como el amo de México. Sí, señores, México, la sola ciudad de México es toda la Nación.

### PAPELES MOJADOS

No gusto de añadir a estas memorias ningún documento oficial, por dos razones: primero, porque los documentos sólo los leen los historiadores que luego obligan a los niños a aprenderse los; y segunda, porque para mí nunca tuvieron ninguna significación los documentos oficiales.

Si como me propusieron el Pacto de la Ciudadela, me proponen otro pacto, por el cual hubiera yo quedado de Presidente sólo diez días, lo hubiera aceptado, pero sólo con una condición: que el pacto fuera por escrito.

Los hombres de acción debemos despreciar todo lo escrito. Los historiadores y los que escriben, sólo sirven para aniquilar a los hombres de acción que se dejan seducir por doctrinas a cual más absurda. Siempre he creído que yo sé más de mi persona y de los medios que debo emplear para el triunfo que persigo, que lo que me enseñara toda la filosofía.

Y bien, por esto repito que firmé el Pacto en la Embajada Americana y por el cual quedaba "sólo provisionalmente" en la Presidencia sin la previa renuncia del legítimo Presidente.

Me encomendé a los Senadores que me habían servido admirablemente y a los Diputados, que ya se habían presentado a mí para ofrecerme sus servicios.

¿Necesito decir algo sobre los políticos de mi país? ¿Necesito decir que son la gente más despreciable de cuantas existen en México? Creo que no. Ya todos lo saben.

### UNA ENTREVISTA

Mi corazón sí contiene odio. Si no puedo llorar, en

cambio puedo odiar y mucho. Para mí el odio es la más amable de las pasiones y la tengo en mi alma como la dominante.

El rencor que guardaba por Don Francisco Madero, me obligó a hacer algo por él antes de matarlo. Porque, que se le tenía que matar, eso era indudable. Yo no comprendí jamás a algunos amigos míos que me dijeron que perdonase a Madero. Seguramente ellos no me conocían.

Pero ya he dicho que quise antes gozarme en mi triunfo, ver al vencido y recordarle su ingratitud para mí, que era el hombre que lo había salvado de ser vencido por una revolución formidable.

Gocé en esta idea y la realicé inmediatamente, antes que nada, no perdiendo mi serenidad por ello. Y fui hasta el local en donde estaba encerrado el prisionero y me encaré con él.

Desde luego recuerdo que el licenciado Rafael Hernández y otros de los prisioneros, se pusieron en pie para darme la mano. El licenciado Vázquez Tagle, Ministro de Justicia y el señor Madero, permanecieron sentados: era un desafío a la muerte.

Fuera, gritaban los soldados: ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército! Viva el General Huerta!

—Señor Presidente—empecé.

—¡Oh! ¿todavía soy Presidente?—me preguntó Madero riendo con burla.

—Está bien—repuse,—señor Madero.

El y su Ministro quedaron con los brazos cruzados. No me tendieron la mano y esto me irritó. Entonces empecé a hablar, y hablé con todo mi rencor.

—Recuerda usted cuando me humilló y me hizo mil ofensas sólo por que sus amigos me señalaban como un traidor?—

—Lo era usted—replicó vivamente.

—Está bien, pero ya verá usted que yo no lo mato. Es usted mi prisionero, lo voy a respetar. A mí me juzgará la Historia, señor, pero a ustedes los voy a juzgar yo—dije al fin con tono enérgico.

El sonrió con desprecio.

Sali de allí. Madero estaba sentenciado a muerte por él mismo.

Entre el pensamiento de una obra y la realización de la misma, ocurren cosas tan diversas que yo siempre he creído, sin ser pensador, que pocos hombres harían lo

que piensan, si aplazaran el acto creador por unas cuantas horas.

A mí me sucedió muchas veces. Yo sentencí a Madero a morir y hubiera ordenado que se cumpliera mi voluntad a este respecto inmediatamente. Pero, por razones que he explicado, yo me confío siempre a lo imprevisto, dejo al azar una gran ingerencia en los hechos..... Por esto dejé para más tarde lo que pude haber ejecutado inmediatamente. Y a fe que me fueron favorables los acontecimientos.

### MI "AMIGO" GUSTAVO

Pero no quiero alterar el orden en mi narración. Voy a procurar seguir con el mayor método posible el relato, para así poder recordar mis estados de alma (como diría el poeta García Naranjo) durante aquella interesante época de mi vida.

Muchos civiles me pidieron la ejecución de los dos prisioneros y los oficiales llegaron hasta reclamarme aquellas cabezas. Recuerdo que entre éstos, uno de los que me fué más estimable, no más querido, pues repito que yo no quise a nadie, me propuso que colgáramos a los dos señores Madero y a Pino, de las tres puertas del Palacio Nacional.

¡Tenían imaginación mis oficiales!

Yo era amigo de Don Gustavo Madero. Con él cené como un camarada y bebí, en muchas ocasiones champagne y cognac; y siempre le protesté mi más sincera amistad.

Sabía muy bien que aquel hombre era el que podía decidir de mi suerte, pues era más inteligente que Don Francisco y el único verdaderamente revolucionario entre toda la familia Madero. Era activo y trabajaba a favor de su hermano, con un grupo que se había atraído el odio de todos los grupos que no estaban con el maderismo, es decir, de toda la República. A este grupo lo había bautizado el periodista Sánchez Santos, en un artículo que se leyó en toda la Nación, con el mote de "La Porra". La institución se dedicaba a hacer manifestaciones tumultuosas, sin orden alguno, befriendo a la gente de prestigio. Yo había sido una de las víctimas de "La Porra".

Por eso odiaba yo a Don Gustavo. Temía que en cualquier momento lograra obtener todo el favor del señor Presidente de la República y en tal caso hubiera he-

cho cualquiera de estas dos cosas: ordenar mi fusilamiento inmediato o encerrarme en Santiago.

A don Ernesto, yo no lo odiaba, como no odiaba a los demás miembros de la familia que justamente se ha llamado funesta para México. A don Ernesto lo veía con frecuencia y siempre me atendía con la misma parsimonia que el señor Limantour empleó en el Ministerio de Hacienda. Yo no odiaba a don Ernesto, porque se dedicaba a hacer negocios; era un comerciante al por mayor. Y a mí me han simpatizado siempre los comerciantes. Tengo debilidad por ellos, como se verá más tarde.

### MALOS MATADORES

La muerte de Don Gustavo se debió, pues, muy principalmente, a la solicitud que me hicieran los hombres de la Ciudadela para que lo entregara. Lo ofrecí a mi discípulo, y le ofrecí también las cabezas de los señores Francisco Madero y Pino Suárez, pero éstas yo me las reservaba para más tarde.

Ya en la madrugada del día en que hice el ofrecimiento, Don Gustavo fué llevado a la Ciudadela, donde inmediatamente lo ejecutaron.

Es tiempo de que yo hablé de la impericia de los militares para asesinar. Nadie, señores, mata más mal que ellos. Y no obstante que debíamos ser los más aptos en el arte de matar, pues llevamos sobre los civiles la ventaja de la práctica.....

Y bien, cuando matamos, basta que no se nos den órdenes de fusilamiento, y con ellas todas las facultades que nos convierten en simples máquinas de muerte, para que demos una ineptitud que siempre se nos echa en cara.....

Doy este dato a los criminalogistas, por si acaso no lo tienen apuntado.

La muerte de Don Gustavo se conocía una hora más tarde de que ocurriera, hasta en sus menores detalles. Toda la ciudad conocía la forma de la ejecución; todos comentaban que se le hubiera ejecutado sin cuadro, sin formarle un consejo de guerra. Y más que todo, se hablaba de la participación que habían tenido los jóvenes oficiales de la Ciudadela, los que se habían disputado como un honor, el hecho de haber dado mayor número de balazos al cuerpo del político maderista.....

A Bassó, que también era amigo mío, lo había entregado a solicitud de los de la Ciudadela, que lo señalaban como autor de la muerte del General Reyes. Era Bassó un hombre excelente. Yo no lo hubiera fusilado, si los odios de los pronunciados no reclamaran más víctimas. Lo entregué..... porque necesitaba entregarlo. Era inocente.

### LA RENUNCIA

Mis gestiones para que el señor Madero renunciara el Poder, las encaminé por los mejores conductos: uno, el más interesante, fué el señor Ministro de Relaciones, el señor licenciado Lascuráin, a quien tenía espantado el hecho (probable sólo para él) de tener que ocupar la Presidencia de la República en el caso de que los señores Madero y Pino renunciaran.

Principié por dar en libertad a los señores Secretarios de Estado, para que influyeran en el ánimo de los prisioneros y Madero no fuera a encastillarse en la idea que había manifestado siempre de morir antes que entregar el Poder.

Varios diplomáticos me ayudaron, se entiende que inconscientemente, en mi obra de persuasión, pues desde el primer momento manifesté que quería la renuncia de los dos funcionarios pero no arrebatárselos la vida.

El señor Lascuráin, se interesó vivamente por obtener las renunciaciones solicitadas, ofreciendo en cambio garantías para los prisioneros y hasta la libertad. El señor General Robles fué también uno de los comisionados para obtener las renunciaciones. A este militar dí mi proposición que se reducía a recibir las renunciaciones a cambio de un salvoconducto para que los reos salieran de la República a la Isla de Cuba, pues el Ministro de esa Nación S. E. Márquez Sterling, se ofrecía como salvaguarda de los funcionarios en su viaje a Veracruz.

### LA FE DE MADERO

Recuerdo algo que me contó un amigo mío sobre la tenacidad de Madero y su fe en el triunfo de su revolución.

En la prisión dijo a Pino Suárez que "la campaña del pueblo contra los traidores, sólo tendría un paréntesis con su prisión, pues que una vez que lograran llegar a la Habana levantaría a la Revolución". Llegó hasta hacer un

plan que consistía en el pronunciamiento de Don Venustiano Carranza en Coahuila y Nuevo León; el de Maytorena en Sonora; el de Don Abraham González en Chihuahua y la unión de Zapata y Figueroa en la nueva campaña.

Madero confiaba, sin duda alguna en la labor de acercamiento que había hecho con aquellos señores que se comprometieron con él desde la época en que se levantaron en armas contra el General Díaz. Se fundaba también en algunos hechos que ignoro.

Cuando terminó de exponer su plan al señor Pino, dijo a éste poniéndole la mano en el hombro:

"Dentro de un año, estamos otra vez en la Presidencia de la República".

### EL "COCO" DE MEXICO

El señor Henry Lane Wilson, era mi amigo, porque yo era enemigo de Don Francisco I. Madero y porque me consideraba aliado a mi discípulo, Félix Díaz.

Sucedía en mi país que el señor Embajador de los Estados Unidos, era visto como un poder superior al Ejecutivo de la República. Representaba a los Estados Unidos, y este hecho le daba una influencia preponderante sobre los demás miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno Mexicano. Se presumía que el Embajador americano, era algo así como un tutor enviado por la Casa Blanca para que vigilara de cerca la conducta de los funcionarios mexicanos.

En el caso a que me voy a referir había algo de verdad en este modo de juzgar, pues el señor Wilson había cooperado a la caída del señor General Díaz, de una manera activa.

Cuando a mí me dijo que estaba dispuesto a ayudarme en mi alianza con la reacción aristocrática que se levantaba en México contra la plebe, al grito de "Viva Félix Díaz", comprendí que aquel hombre era para mí lo que yo quisiera; un excelente amigo o un enemigo peligroso.

Decía que en la Embajada Americana se hizo el Pacto de la Ciudadela, por el cual quedaba yo en el Poder con un Gabinete escogido por Félix Díaz y sus hombres en tanto que se efectuaran las elecciones de Presidente y Vice-presidente de la República.

En verdad, yo escogí a algunos hombres del Gabinete y más que yo, mi compadre y amigo, Enrique Cepeda, fué



el que eligió a los políticos que podrían servirnos. Recuerdo que sólo se opuso a un nombramiento, pero yo no podía desechar a la persona que se me proponía: Mondragón.

### EL UNICO PROBLEMA

Mi Gabinete quedó integrado por los hombres más prestigiados de la Ciudad de México: García Granados, un inepto; Robles Gil, un político; Rodolfo Reyes, un nuevo; Mondragón, completamente desprestigiado; Esquivel Obregón, ex-maderista teorizante; de la Barra, con prestigio nacional; Vera Estañol, un soñador teorizante. Todos coincidían en esta idea: en odiar a Madero; unos lo odiaba por despecho, otros por que no los había querido aceptar como amigos, otros porque veían en aquella Administración, un obstáculo para prosperar. En el odio únicamente podían unificar su acción. Pero eso no me importaba a mí: yo estaba decidido a tratarlos como amigos y no como colaboradores; y, más que como amigos, como subordinados.

No temía yo a ninguno de estos hombres. Pensaba en mi espada, en el Ejército, en el Gobierno Militar, a quien confiaría la labor de refrenar toda ambición que no tuviera por objeto servir a mis intereses.

Para salvar a México, yo nunca he creído que se pueda emplear otro medio, que el brutal de represión que yo puse en práctica. Sólo con las bayonetas, sólo con la Ordenanza (que es detestable como Código Militar), sólo con el machete, se puede gobernar a México.

No hay problemas en mi patria. Ni el agrario, que ha servido únicamente para que los pensadores pierdan el tiempo y para que los imbéciles adquieran prestigio falso; ni el de justicia, que tiende a igualar a todos los hombres, cosa que es más imposible en México que en cualquier otro país, pues en México todos los hombres son distintos y lo serán. Ningún problema me preocupaba: mi espada y un buen Ministro de Hacienda: eso me serviría para gobernar a un país que despreciaba a Madero por falta de energías y que había estado postrado a los pies de Don Porfirio porque este señor había má-tado demasiado!

En cuanto a los revolucionarios. yo siempre desprecié a los revolucionarios.

### LA BLUSA Y EL SACO

Me interrumpí al referirme a Mr. H. L. Wilson, y voy a volverme a ocupar de él, porque quiero señalarle la parte muy importante que tuvo en la organización de mi Gobierno.

Wilson fué amigo mío, por carambola. De quien era amigo, era de mi discípulo Félix Díaz.

El Embajador es hijo de un país donde no hay otra aristocracia que la del dinero; donde los hombres, no obstante que van de todas partes del mundo, se unen en esa tendencia que los hace manejables y dóciles: ganar dinero.

En cambio en México, hay dos clases de hombres: los que usan saco y los que no lo usan. En las ciudades, en las haciendas, en todas partes, el hombre de saco considera inferior al hombre de blusa o de camisa. Y lo más extraordinario, lo inconcebible para cualquiera que no conozca a México, es que el de blusa se cree inferior, del todo inferior, al de saco.

Este ha oprimido siempre a aquel; con lo que resulta que no hay sino opresores y parias. Pero no obstante que el paria sufre todos los atentados de su opresor, sigue sirviéndole, humillado siempre, siempre vencido.

Y hay más, y esto es lo verdaderamente grave: No se ha conformado el hombre de saco con hacer trabajar al humilde, con chuparle sangre, con quitarle a su mujer y hacer prostitutas de sus hijas, sino que lo ha dejado con hambre!

Ahora bien, Mr. Wilson sentía irresistible atracción por los hombres de saco. El fausto desplegado por los mexicanos ricos, entre los que siempre está el Gobierno, había sido tal, que Mr. Wilson, arrepentido de haber arrojado al destierro a Don Porfirio, hombre de saco, quiso reparar su error elevando a la categoría de Presidente de la República a un hombre de saco: a Félix Díaz. Madero, señores, sólo Don Francisco, a pesar de su fortuna, a pesar de su educación y de sus costumbres, era un hombre de blusa metido en un hombre de saco.

Por esto Mr. Wilson trataba con toda cortesía a Don Ernesto Madero y desdénaba a Don Francisco, por esto Mr. Wilson ayudaba a los conspiradores de la Ciudadela; por esto Mr. Wilson, en la Embajada Americana, cuando salía de firmar el famoso Pacto de la Embajada, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: "Viva Félix Díaz, el salvador de México."